

# Público y ciencia

Pere-Joan Cardona

La actividad científica se sustenta básicamente en el gasto público, y por tanto los científicos nos debemos a nuestros ciudadanos para explicar, al nivel que sea necesario, cómo, en qué y por qué invertimos ese dinero. Sin embargo, este concepto no ha sido cultivado lo suficiente dentro de la profesión. Normalmente nos dedicamos a comunicar nuestros resultados en las revistas con el mayor factor de impacto posible, pero tendemos a menospreciar la actividad divulgativa. No hay expresión más fallida e indigna que la típica «no le explico de qué va este descubrimiento porque es demasiado complicado y me llevaría mucho tiempo». Esta distancia que antepone entre la ciencia “pura” y la ciudadanía es totalmente impropia y debería ser desterrada. ¿Es quizás este distanciamiento el que lleva a una especie de desafección hacia la ciencia entre la población? Pues parece ser que no. Al contrario, el científico está muy bien valorado dentro de la sociedad, quizás porque hasta la fecha se ha tolerado la imagen del científico como alguien que vive en su torre de marfil. ¡Nada más lejos de la realidad! Precisamente una de las actividades más relevantes que realizamos es precisamente la de “vender” nuestros proyectos para poder conseguir fondos públicos. Aquí necesitamos nuestra habilidad comunicadora, pero cada vez más necesitamos la divulgadora para que nuestros servidores públicos sean también capaces de justificar estos gastos ante una sociedad cada vez más exigente y ávida de transparencia y de información.

Igualmente, con los recortes actuales, los científicos tenemos una necesidad cada vez más importante de intentar captar dinero privado y de

transferir nuestros conocimientos para poder generar nuevas empresas tecnológicas, y con ello el “valor añadido” para nuestra sociedad con el cual cerrar el círculo de inversión y retorno. En este sentido, nuestro público empresarial, centrado en el retorno de las inversiones, en el análisis de riesgo de nuestras actividades y planes de desarrollo, también requiere un tipo de explicación muy específica y un esfuerzo comunicador muy particular para poder generar un modelo de éxito y de esperanza comerciales.

En medio de este diálogo se sitúa el periodista, con suerte el periodista científico, que debe interpretar con rigor la actividad científica e intentar hacerla llegar al gran público teniendo en cuenta en todo momento las necesidades de la ciudadanía para hacerla más atractiva. ¿Qué medio es el mejor? ¿Radio, televisión, prensa, revistas especializadas, Internet, redes sociales...? Está claro que la divulgación está evolucionando con la sociedad e irá dictando los canales más adecuados. En este sentido, la importancia creciente de la redes sociales hace cada vez más necesaria la figura del periodista especializado, que debe saber ofrecer su profesionalidad para orientar por un lado al científico y por otro al ciudadano, ofreciéndole una buena información, rigurosa y atractiva.

Por suerte o por desgracia, los pocos investigadores que trabajamos en tuberculosis somos muy conscientes del valor de la divulgación. La tuberculosis es una enfermedad estigmatizada, que se esconde, vinculada a colectivos marginales. Nadie quiere identificarse con esta enfermedad y la lucha contra ella. Es una situación realmente paradójica. El hecho de que se trans-

mita por vía aérea a partir de los aerosoles de los enfermos hace que todo el mundo pueda infectarse. No hay más factor de riesgo que la circunstancia temporoespacial de estar cerca de uno de estos aerosoles el tiempo suficiente. Es verdad que en un 90% de los casos la infección permanece latente durante años para acabar siendo eliminada naturalmente. Sin embargo, hay un 10% de personas que pueden desarrollar la enfermedad. También es verdad que en el caso de sufrir una inmunodepresión se tienen muchas más posibilidades, pero hay un factor genético (todavía por identificar) que predispone a la enfermedad, incluso en sectores de la población “bienestantes” que todavía creen que la enfermedad no va con ellos.

Un tercio de la población mundial tiene ya una infección latente (y no lo sabe), ¡y prácticamente no hay colectivos de enfermos que reivindicuen

su erradicación! Nadie diría que el bacilo de la tuberculosis ya ha matado a mil millones de habitantes del planeta, convirtiéndose en el más eficaz agente infeccioso. «Esto es cosa del pasado», dicen. Pues no. Todavía mueren cada año 1,5 millones de personas, y las perspectivas no son muy esperanzadoras. El incremento en las grandes urbes, que van creciendo desmesuradamente con la desruralización, junto con el aumento de las multirresistencias, hace que la previsión de erradicación diste de ser cercana. En este sentido, los que trabajamos con esta enfermedad vemos en la divulgación y en la profesionalidad de los periodistas una oportunidad para hacer de esta enfermedad un problema “atractivo” por su complejidad inmunopatogénica, un reto científico que permita un mayor interés para buscar alternativas para su control, implicando a la ciudadanía para que sea más visible.